

COSAS DONOSTIARRAS

UN FORZUDO

Gizon indartzua: **hombre forzado.**

Y lo fué, tanto que, ante él no había semejante que no se domeñara, ni fierro, ni acero, ni roble que no cediera al impulso muscular de aquel varón de extraordinaria fuerza.

Todavía hay muchos donostiarras que le recuerdan; el recuerdo es de los que no se olvidan.

Se corrían varios toretes en la plaza de San Martín (ya dijimos en otra ocasión, con toda exactitud, el lugar en donde se levantaba la memorable plaza) y asistía á la novillada el hombre forzado que nos ocupa.

Los novillos, aunque llamados así, eran todos de estampa, muy respetables. Es el caso que el famoso donostiarra saltó la barrera y se fué al bicho, y poniéndose frente á frente al toro, le atizó tal puñetazo en el testuz, que no hubo necesidad de puntilla; el toro cayó como atacado por un rayo.

*
* *

Venía el verano, y con aquel estío del año 1855, iba apareciendo también, con los más crueles síntomas, el cólera morbo asiático.

Los días de las corridas de toros se hallaban muy cerquita.

La juventud, entonces bastante movediza, temía que se suprimiera la dichosa época taurina.

El cólera iba desarrollando sus espantosos estragos; en el barrio de Loyola enseñoreábase ya la peste; la terrible enfermedad había matado á todos los vecinos de la casa «Pachillardegui» y claro, las autoridades no tuvieron más remedio que acordar lo que era necesario.

Al fin el alcalde D. Tadeo Ruiz de Ogarrío lanzó á los cuatro vientos de San Sebastián el esperado bando, en el que suprimía, por aquel año, la temporada taurina.

El efecto que produjo el bando en algunos aficionados á los cuernos, fué deplorabilísimo; á los pocos momentos se armó la gorda: hubo palos, vivas y mueras, algún tiro, que otro, después detenciones, las tiendas cerraron sus puertas y en la Casa Consistorial se echó también el cerrojo.

El alcalde, revestido de toda su autoridad, salió al encuentro de los amotinados, y en el momento que D. Tadeo con su palabra suplicaba paz y orden, acercósele el donostiarra del cuento y le metió de una trompada, hasta los hombros, la flamante chistera.

Acto seguido, los revoltosos, se lanzan á la Casa Consistorial, pero ¡oh desilusión! la Casa Ayuntamiento está fuertemente cerrada, y los revolucionarios se disponen marcharse con la música á otra parte.

—¡Alto aquí!—exclama una voz del grupo, que es la del hércules, la del hombre forzado, la de Oteiza, que ya es hora que le llamemos por su nombre, y subiendo las primeras escaleras del Concejo, y acercándose á las puertas de hierro, dió un tirón tremendo al cerrojo, á diestra y siniestra, y merced á la fuerza increíble de aquellos brazos, dejó franca la entrada de la Casa Consistorial.

Claro es que al día siguiente fueron presos el forzado y los no forzados.

*
* * *

Andando el tiempo, Oteiza se embarcó con rumbo á la América del Norte.

Sin duda se dijo, parodiando al gran D. Juan:

**Pues señor, yo desde aquí,
buscando mayor espacio
para mis hazañas, di
sobre América**

Ello fué que el original donostiarra se hallaba en New York cierto día en que iba á tener lugar una apuesta de boxeadores, luchando un negro con un inglés.

Oteiza asistió á la fiesta, y al ver á los combatientes en aquella lucha para él nueva, pero tan adecuada á sus facultades y natural propensión, exclamó sin titubear que no tendría inconveniente en luchar con cualquiera de aquellos dos.

Todo se concertó en un minuto.

La lucha se arregló con el negro.

Se pusieron ambos frente á frente y á las primeras de cambio el donostiarra largó al negro un puñetazo, uno sólo, pero de tales proporciones, que deshizo la quijada al pobre negro, y como es natural, lo dejó horriblemente fuera de combate,

Hombre forzado: Gizon indartzua.

F. LÓPEZ-ALÉN.

